

DISCURSO DE CONTESTACIÓN AL ILMO. SR. DR. D. HILARIO RODRÍGUEZ DE GRACIA

GUILLERMO SANTACRUZ SÁNCHEZ DE ROJAS
Académico numerario

Es de protocolo estatutario en las reales academias que cuando ingresa un nuevo miembro numerario en ellas, en este caso perteneciente a la Sección de Historia, pronuncie un discurso y luego le conteste otro académico de su elección, en nombre de la real institución. El hecho es aprovechado por ambos para exponer ideas novedosas, resultado, normalmente, de sus investigaciones en curso.

Hilario Rodríguez de Gracia nos ha ilustrado con un importante trabajo, al que viene dedicando mucho tiempo, dándonos a conocer facetas nuevas de seis personajes, asignando un valor humano a cada uno de ellos, quienes, de alguna manera, parece que han vuelto a vivir en la actualidad, transformados en otros ampliamente conocidos.

Yo no soy historiador, sino arquitecto, pero los cuarenta y ocho años que llevo como miembro numerario de esta Real Academia me han hecho convivir tanto con los compañeros que dominan la disciplina histórica que me atrevo a enjuiciar el discurso que acabamos de escuchar.

Pienso que en las corrientes historiográficas existentes se ha producido, como en tantas otras actividades humanas, una profunda evolución, pasando desde unas ideas positivistas con-

sistentes en caracterizar los rasgos generales de la sociedad (llegando, posteriormente, al análisis de los esquemas de la civilización mediante la relación de corrientes ideológicas, tendencias artísticas, instituciones políticas y otros elementos documentales del pasado) hasta las escuelas actuales destinadas a exhumar los hechos antiguos. Estas se encuentran envueltas en un proceso de continua elaboración y análisis de documentos muy dispares, abarcando desde el estudio de las formalidades del paso por esta vida a la otra de los personajes estudiados hasta las estructuras familiares de los mismos, el problema de las minorías, las élites de poder y su forma de actuar en las instituciones. También, los roles de comportamiento de los hombres y mujeres que dan vida a la historia estudiada, junto a los ámbitos culturales de su tiempo, a veces similares a los que ahora estamos viviendo, y muchas otras circunstancias que ignoro por no ser especialista en esta ciencia.

El nuevo académico ha centrado su discurso en seis personajes, asignando a cada uno su comportamiento en el delicado momento que le tocó vivir. Ha sido un discurso atrevido y novedoso cuya redacción requirió un análisis pormenorizado de cada una de las personas estudiadas y los conflictos en los que estuvieron inmersos, lo que requirió, por parte del autor, unos conocimientos que solo se obtienen manejando una documentación tan amplia que no ha podido ser citada en el texto leído, porque el relato hubiera rebasado el tiempo dedicado a estos eventos.

Un discurso tan sobresaliente y bien estructurado requiere una contestación de rango similar, pero como no soy historiador, he de contestar con otro que, además de poner de manifiesto algunas de las cualidades científicas por las que ha sido elegido, ya que exponer todo su historial sería alargar demasiado mi participación -además de aburrido-, pensé en el cami-

no por el que debían transitar mis palabras y lo encontré en el paisanaje, al haber ambos nacido en la vecina villa de Mora.

Tenemos una cierta diferencia de edad, porque Hilario vio la luz el 24 de enero de 1949, siendo 19 años menor que yo. Esto hizo que fuera un mocito a quien seguramente vi por primera vez, sin fijarme en él, paseando por la glorieta o por la calle Ancha de nuestro común lugar de nacimiento, espacios que, sábados y domingos por la tarde, era obligado recorrer a chicos y chicas, aunque cada uno por su lado y siempre en sentido inverso, para podernos ver.

Por esa diferencia de edad, tuvimos poca relación durante nuestra respectiva juvenil estancia en Mora, aumentando a principios de la década de los ochenta, cuando Hilario comenzó a trabajar en el banco de Santander de Toledo y yo ejercía como arquitecto municipal de la ciudad.

A partir de entonces seguí su vida, porque sabía que ese empleo era un alto en el camino de su trayectoria intelectual a la que estaba llamado por su vocación de estudio.

Sabéis que la seña de identidad forestal de Mora es el olivo, y aunque Hilario no lo parece por fuera, lo es por dentro, por vocación y tradición. Su abuelo, o quizás bisabuelo, tenía una pequeña parcela, más de roca que de tierra, en la cañada del Castillo, y la plantó de olivos, abriendo casi macetas de piedra para hacerlo. Y pienso que, al conocer la historia de ese olivar, realizada por un antepasado suyo, le nació un olivo por dentro, imponiéndole una enorme tenacidad para el trabajo, como demuestra su historial, que no tengo más remedio que simplificar porque es muy amplio, lo que ha justificado su elección como nuevo académico numerario.

En cuestiones académicas, es licenciado en Filosofía y Letras y doctor en Geografía e Historia, obteniendo ambos títulos por la Universidad Complutense. Aunque ahora es numerario





de nuestra institución, es desde hace años correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Como docente ha sido profesor de bachillerato, catedrático de Geografía e Historia, profesor en las universidades de Granada y Jaén, y tutor de un programa de doctorado. Su vocación investigadora le llevó a formar parte del grupo de Estudios Históricos y Económicos sobre la Empresa formado en la Universidad de Granada y colaborador en el proyecto de la Universidad de Castilla-La Mancha *Familia, estrategias y trayectorias sociales en la Mancha Oriental (Albacete 1700-1850)*, habiendo participado también en otros proyectos de grupos emergentes de la UCLM.

Individualmente ha publicado once libros, y de forma colectiva ha participado en siete. En su relación de artículos he contado ochenta, más veinte comunicaciones a diversos medios e instituciones, habiendo impartido cinco cursos en diferentes lugares culturales, siendo uno de ellos la Universidad de Río Piedra, en Puerto Rico. De todo ese enorme historial voy a destacar únicamente una conferencia sobre la Historia de Mora, impartida el 25 de mayo de 1986 en el Salón de Mesa de nuestra antigua sede social. Cuatro años después, esta disertación, enormemente ampliada, fue editada por el Instituto de Investigaciones y Estudios Toledanos, de la Diputación Provincial, con el título *El señorío de Mora. De la orden de Santiago a los Rojas toledanos*.

Yo presenté al orador, como acto previo a dicha conferencia, leyendo un poema compuesto años antes para expresar lo que era mi alma. En ella había una parte que había bautizado con el nombre de *LA REJA*. El arado es un invento inmemorial realizado por los hombres para abrir surcos en la tierra, removiéndola para su fertilización, permitiendo con ello que puedan crecer plantas en su seno. Los que yo conocí en mi juventud, que es lo que estoy evocando, tenían por arriba una

lanza larga de madera, donde se uncían en collera las mulas, y otra más pequeña, horizontal, llamada esteva, que era donde sujetaba el campesino el arado con una mano, porque con la otra debía guiar con los ramales a las mulas.

Por abajo, el arado tenía unas orejeras para ampliar el surco, el cual abría un elemento de acero, duro y tenaz por su temple, llamado reja, que era lo que entraba en la tierra para roturarla, permitiendo que dieran fruto las semillas vertidas en los surcos abiertos. Y por ese temple, esa tenacidad y esa dureza para escarbar en pergaminos y papeles antiguos que había visto en Hilario, para fructificarlos al sacar a la luz las historias que contenían, me pareció que su labor era la de una reja. Cultural si se quiere, pero reja. Y con ese nombre bauticé la presentación de Hilario, haciéndolo porque se asemejaba mucho el entonces conferenciante, y ahora nuevo numerario. Las virtudes que veía en él entonces las sigo viendo aumentadas hoy, y por ello encuentro conveniente, para cerrar esta contestación académica, recordar lo que dije en 1986 (aunque con alguna variación actualizadora, porque estoy seguro de que sigue siendo de interés tanto para la historia rural como para la imperial que surjan nuevas rejas).

Era casi una elegía campesina, tomando a Mora como símbolo de los muchos pueblos y villas que viven en el abandono estatal, cuyos habitantes emigran en busca de mejores ciudades donde vivir. Tanto Hilario como yo hemos sido un ejemplo de lo que digo, porque quien se queda en el campo ha de estar toda su vida soñando con que hay otros lugares mejores para vivir que nunca alcanzará, siendo -opino- obligación de esta real institución alzar la voz a favor de esas personas y su mundo rural, porque son parte de nosotros, institucional e individualmente.

Esto lo digo pensando en mí mismo, en el nuevo académico y en la mayoría de quienes hemos forjado nuestra vida fuera

del lugar de nacimiento, empujados casi siempre por nuestros padres, en un anhelo de que los hijos mejoraran sus vidas, siempre duras y poco reconocidas y valoradas, antes y ahora.

Mi ejemplo y el de Hilario, unidos a los muchos iguales de los numerarios que conformamos esta Real Academia, me hacen pensar que quien nace en un pueblo, aunque emigre, nunca olvida sus orígenes, recordando sus ancestros y sacándolos a la luz, cuando puede, con la intención de que no los olvide la Historia, «porque solo el olvido es la muerte». Y eso es lo que deseo hacer como final de mi contestación como numerario de esta real institución, resucitar esos ancestros.

En mis ya muchos años de vida, aunque mi familia no tiene origen campesino, al ser nacido en villa, he conocido a muchas personas que sí lo tenían y los esfuerzos que hicieron sus antepasados para vivir del campo y conseguir que sus hijos salieran de él. Símbolo en mi recuerdo intemporal es uno de ellos, que bien pudiera ser el abuelo o bisabuelo de nuestro nuevo académico, para recordar lo que era y es todavía la tenacidad de esas personas, hombres y mujeres, para luchar contra el terreno, por el amor que se le tiene y por lo que son capaces de conseguir con el esfuerzo de toda una vida, regándolo con su sudor y a veces con su sangre. Al campesino de mi recuerdo le acompañé un día a labrar sus tierras, que yo siempre vi como rocas. Al cabo de tanto tiempo, sigo recordando su atuendo y lo que me dijo, palabras que se grabaron en mi memoria y que han sido una guía de mi existencia.

Vestía blusa de dril,
Pantalones de estameña,
Camisa de lino blanca,
Abarcas hechas de suela,
Faja rodeando el talle
Y pañuelo en la cabeza.

Parece que le estoy viendo.
Mi recuerdo le asemeja
A don Quijote y a Sancho
Fundidos en una pieza.
Conocía mil refranes
Y sabía mil consejos

Fruto de agarrar la vida
 Como empuñaba la esteva.

Al llegar me preguntó
 ¿Qué te parece esta tierra?
 Muy mala, le respondí.
 Aquí solo existen peñas.

No digas eso, Guillermo.
 El trabajo la hará buena
 Porque con tenacidad
 Florecen hasta las piedras.

Han pasado muchos años
 Desde que me lo dijera.
 Pero tenía razón
 Porque en aquellas laderas
 Del Castillo y de la Antigua,
 Del Buey y de la Ravera,
 Que eran riscos y canchales,
 Las rejas abrieron surcos
 Para germinar las sierras
 Y nacieron, como hijos,
 Miles de olivos y cepas.